



DE LA TIERRA AL CIELO... O VICEVERSA

# ICONOGRAFÍA CÓSMICA

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com



*La mejor (por decir algo) imagen que he obtenido de la Luna, simplemente acercando una cámara digital mediocre (Fujifilm Finepix J20) a un ocular de 25mm acoplado a un Meade ETX-70. Fue el 11 de julio de 2011. Es cierto: la fotografía astronómica nunca ha sido lo mío... (Foto del autor)*

El Universo es un paraje a rebosar de imágenes asombrosas. Miremos adónde miremos, nunca faltará (si el cielo es suficientemente oscuro, claro) una estrella, un pequeño diamante que titila, una luz lejana que se agita desde las profundidades. Por todas partes hay señales de la grandeza, la belleza y la infinitud del Cosmos. Sólo hay que mirar, y de inmediato el firmamento abrirá sus maravillas para nosotros.

Algunos hombres y mujeres son capaces de atrapar para siempre esas maravillas (que se nos brindan sin coste alguno ni para cuya contemplación cabe pagar entrada ninguna). Con instrumentos y artefactos recogen la luz, llegada desde el confín del espacio, y la transforman por un proceso químico para, poco después, acabar plasmada, revertida y reorganizada ante nuestros ojos como una instantánea del Cosmos, ya sea en papel

fotográfico (una técnica antigua pero sugestiva... poder *palpar* el negro cielo, rozar con los dedos una nebulosa, acariciar el rostro de la Luna), un disco DVD o en una página web. Puede que no sea para tanto, pero parece casi un milagro: hacer un retrato del Universo y tenerlo en tus manos, y que la Humanidad sea consciente de su portentoso contenido. No es como fotografiar una roca, un zapato o un monumento: ilustrar el Cosmos es tarea inestimable, por cuanto realizamos una representación, a la mayor escala posible, de la Creación a la que tenemos acceso.

Una imagen astronómica es una estampa del tiempo y el espacio configurados en armonía y pillados *in fraganti*, mientras hacían de las suyas sin que sospecharan de los ojos y mentes que les observaban. Los remolinos espirales de las galaxias, los guijarros helados de

los anillos de Saturno, esas bandas casi lechosas de los cinturones de Júpiter, el cuerpo oscuro de la Luna atravesando, traviesa, la faz del Sol durante un eclipse solar, o la melena al viento de un cometa son instantes mágicos y conspicuos en la vida del Universo, breves episodios que cabe atesorar, porque probablemente sólo estarán ahí unos minutos... o algunos miles de millones de años.

Hasta hace poco más de un siglo sólo podíamos copiar a mano la espléndida figura del Universo: dibujábamos los riscos lunares, nos deteníamos a anotar manchas solares, aguardábamos en la fría noche a que la atmósfera se calmara para detallar el perfil de una nebulosa, tirábamos para delinear la espiral galáctica, contábamos los puntos de luz que constituían un cúmulo abierto... un trabajo penoso, largo y agotador. Con la fotografía, y mucho más aún gracias a las técnicas modernas, el dibujo se hace prácticamente solo, la luz se acumula, quizá se retoca luego con programas informáticos, y al mismo tiempo obtenemos una información rica del firmamento. Después, como por arte de magia, sale una imagen, un retrato, la viva expresión del Universo.

A veces lo que se obtiene, por pureza atmosférica, pericia del astrofotógrafo o calidad del instrumental (a menudo, gracias a los tres factores...) es de una belleza tal que sobrecoge y puedes abandonar (un poco, al menos) la Tierra y vagar por los intersticios de las nebulosas o los brazos enroscados de las galaxias, casi como si sobrevolaras aquellas regiones que nunca (¿nunca?) podrán ser exploradas *in situ*. Hay millares de astros en las inmediaciones de la *eta Carinae*, nubes algodonadas iluminadas por estrellas azules en la M 51, rostros desfigurados y extrañas *caras* en las nebulosas planetarias, paisajes agrestes y escarpados en la Luna, un buen montón de oscuridad entre las galaxias en espiral y las gigantes elípticas de un cúmulo como el de Virgo o Hércules, o brillantes faros de luz procedentes de púlsares, como en la M 1, destellos poderosísimos impulsados por estrellas moribundas y explosiones de rayos gamma inimaginablemente energéticos.

Otra cosa es ir allí. No podemos llegar muy lejos, lo sabemos: el espacio es demasiado amplio y nuestras

vidas en exceso cortas, y los costes prohibitivos. Pero sí hemos enviado artilugios que rastrean planetas y sus cohortes de lunas, hemos admirado los núcleos de cometas erráticos y los rasgos de asteroides y demás peñascos rodantes. Del Sol también tenemos buen material gráfico de su rostro encendido y sus bulbos y jirones de gas, y de los surtidores de plasma que escupe. La belleza del Sistema Solar es insuperable...

Más cerca, casi al lado de casa, la Luna es blanco de todas las miradas. Y de las cámaras. Como en la foto que abre este artículo, yo mismo he intentado, sin gran éxito, reproducir su manchada efigie, pero no he logrado más que obtener un pastoso retrato de sus mares principales y algunos célebres cráteres. Habrá que practicar más, cambiar el instrumental o afinar la puntería...

Fotografiar el Universo es una gran responsabilidad. Captamos las imágenes del ayer, lo que ya no es real, pero lo hacemos existente gracias al retraso de la luz estelar. En nuestras cámaras persiste la sustancia de un Universo ya desaparecido. Quién sabe si algunas estrellas hoy fotografiadas ya no están allá; puede que civilizaciones alumbradas por ellas desaparezcan en el viaje de esa misma luz que les dio la vida y que, ahora, llega hasta nosotros. Con las películas químicas, las CCD, las cámaras digitales, y toda la tecnología punta que apuntamos al cielo, estamos atesorando el pasado del Cosmos.

Examinando ese pasado, contemplándolo y admirándolo, haciéndolo nuestro, de alguna forma lo recuperamos. Le damos vida, otra vez. Cada disparo, cada vez que apretamos ese botón, prodigioso, increíble, damos cuerda al reloj del Universo.

Es extraño, pero en toda ocasión que producimos una imagen del Cosmos, el tiempo pierde su sentido: el pasado se hace presente, y el presente, eternizando lo acontecido, se encauza hasta el devenir incierto.

Cada imagen cósmica es una oda a la intemporalidad, en cualquiera de sus sentidos.